

Libros y antiLIBROS

Efraín HUERTA



Los Estadios...

Nunca se supo bien a bien quiénes eran: tal vez Juan José Cásares y Marcel Rulfo; posiblemente Jorge Luis Arreola y Juan Schwob; quizás Adolfo Borges y Juan de la Cabada, o Adolfo Domecq y Pepe Bustos... Nunca se supo, pues, con exactitud, de dónde llegaron, pero sí de lo que hablaron, porque hay conversaciones que son platillo diario en los cables y en los comentarios mundiales. A muchos años de distancia, recuerdo haber conocido en Budapest a un monje budista llamado Saranánkara. Se paseaba por las orillas del Danubio, luciendo su cabeza rapada y su manto azafrañado. Siempre le dije al poeta venezolano Carlos Augusto León: "No existe".

Porque, aunque no se crea, uno cree en mucho y termina sumido en un proceloso mar de agnosticismo. Aquellos agnósticos hablaban de...

Un día, un héroe literario que sí existe, viejo turista de la zona Núñez, en Buenos Aires, notó que "venía faltando en su lugar de siempre el monumental estadio de River".

Sucedió hace pocos días, supongo, cuando se discutía con la mayor ferocidad si era factible que el próximo campeonato mundial de fútbol se realice en Argentina. Autoridades de la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA), se han reunido y no han ocultado su ansiedad. ¿Son o no son? ¿Existen o no existen?

∴ Invisibles

La sede a la Argentina para celebrar en 1978 el gran combate por la Copa Mundial, se fijó en 1966, y la FIFA no se ha echado para atrás, y el primero de junio de 1978, "a las 18:00 GMT, en el estadio de River Plate, Alemania Federal y otro país que surja del sorteo a celebrarse aquí (en Baires) en enero del mismo año darán el puntapié inicial del torneo".

Pero si Bustos Domecq, nuestro héroe, ya advirtió que el estadio de River Plate no está en

el lugar acostumbrado, ¿qué puede ocurrir?

Nuestro héroe, tambaleante de angustia, se ha dirigido a Tullio Savastano, presidente del club Abasto Juniors... Gran error: el cronista y paseante de la zona Núñez debió correr a casa del maestro Borges, el notorio precursor de todos los expertos en fútbol ("fóbal", dice el hincha argentino), porque fue el ilustre laureado con el premio internacional "Alfonso Reyes" el primero en tanguear literariamente un acontecimiento único en la historia del deporte más popular.

El día 31 de julio de 1930, si mal no recuerdo, y al mediodía, el equipo de fútbol de Uruguay derrotó al de Argentina. Score definitivo: cuatro goles a dos. Y así, Uruguay fue el primer campeón mundial de fútbol. El gran juego se celebró en un estadio que mucho se teme tampoco exista ya: el Centenario.

El nonagenario Jorge Luis Borges escribió tres líneas. Tres, porque la derrota es amarga. Y no las escribió en la página deportiva de *La Nación*, sino en el número cuatro de la revista *Sur* (primavera de 1931). Ardido y parco, Borges escribió con infinito esfuerzo:

"Ahora, desde que los once compadritos buenos de Buenos Aires fueron maltratados por los once compadritos malos de Montevideo, el extranjero 'ansich' es el uruguayo".

"Ansich" debe querer decir indeseable.

La FIFA

Las siglas FIFA son para tirar de risa a cualquiera. Pero lo serio es lo que siguió a la investigación domecquiiana, porque entre mate y mate, el mentado Savastano le reveló a su visitante que era él, Savastano, el que, como un mago de la más negra y bajuna ciencia-ficción, creaba y recreaba el artificio del fútbol: él inventaba los nombres de los jugadores, ideaba los pases y la factura del gol; que él, el maldito Merlín de este siglo, creaba hasta a los locutores de radio y televisión... Poco faltó para que dijera que él había originado el nacimiento de la FIFA.

Lo Peor

Cuando nuestro héroe está a punto del total desmorone, entra un locutor, y Savastano le ordena: "Ferrabás (!Ferrabás!), ya hablé con De Filippo y con Camargo. En la fecha próxima pierde Abasto, por dos a uno. Hay juego recio, pero no vaya a recaer, acuérdesse bien, en el pase de Musante a Renovales, que la gente lo sabe de memoria. Yo quiero imaginación, imaginación..."

Y la insolitez culmina cuando Savastano, con un sadismo de que sólo es capaz un peronista frustrado, le hace a Domecqquito la última revelación que es

como un golpe de guillotina:

"No hay score ni cuadros ni partido. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. La falsa excitación de los locutores, ¿nunca lo llevó a maliciar que todo es patraña? El último partido de futbol se jugó en esta capital el día 24 de junio del 37. Desde aquel preciso momento, el futbol, al igual que la vasta gama de los deportes, es un género dramático, a cargo de un solo hombre en una cabina o de actores con camiseta ante el cameraman..."

Dramática frase final del honorable presidente del club Abasto Juniors:

"Es la marcha gigante de los siglos, el ritmo del progreso que se impone".

Promesas, Promesas

Para el primero de junio de 1978, Argentina pondrá en marcha las estaciones de transmisión de "Las Cuevas", en enlace con toda la región del Pacífico; entrará en acción "Foz del Iguazú" (el locutor podría ser el cantor de la gran catarata: Carlos Pellicer), que se conectará con Brasil. Por ahora (diciembre de 1975, apenas) se trabaja en la estación de Balcarce, cercana a Buenos Aires, la que tendrá dos salidas de comunicaciones, una para Europa y otra para México (chás gracias) y todo el norte de América.

Buenos Aires: estadios del River Plate y de Vélez Sarsfield; y estadios en Córdoba, Mendoza, Rosario, Mar del Plata... (Corrección: el estadio del River Plate, llamado —cuando existía— "el monumental", se erige, se erigía, en el aristocrático barrio de Belgrano, al norte de la capital y a veinte minutos del centro, en automóvil —si es que hay automóviles...)

Equipos

Los optimistas esperan que en enero próximo (1976), ciento diez países comiencen a eliminarse. En el momento oportuno, sólo contarán catorce, a los que se sumarán dos: el equipo

de Alemania Milagrosamente Federal, campeón, y el del país sede, Argentina.

En lo personal, me hubiera gustado que el hombre que descubrió la inexistencia del estadio del River Plate (el equipo de las "exitosas performances"), le preguntara al hechicero Savastano con qué equipo antillano le tocará perder a México.

Por allá existe un equipo llamado "Vélez Sarsfield" (y un estadio también así llamado); pero es necesario saber que don Dalmacio Vélez Sarsfield fue un notable jurista y político argentino, compañero de Rivadavia y ministro en el gobierno de Sarmiento; autor de libros muy poco deportivos pero sumamente estimulantes en lo nacional: el Código Civil argentino, y el gran ensayo "Relaciones de la Iglesia con el Estado", y logró hacer nada menos que una traducción de *La Eneida*, de Virgilio, más o menos al mismo tiempo que el gigante Bartolomé Mitre traducía el "Infierno", de un poeta medieval que trató a sus enemigos políticos como se lo merecían: a puntapiés: Dante.

Pero en hablando de equipos, y como resultado de esa mafia asombrosa creada por el borgiano Savastano, debemos recordar, como mexicanos muy poco dados a andar con fifeadas, es decir, con cosas en sociedad o en asociación, a un personaje de un libro escrito por un mexicano —¡lotería!—: se trata, de Filiberto García, pistolero profesional creado por Rafael Bernal en *El complot mongol* (Joaquín Mortiz, 1969).

Cuando a Filiberto le proponen trabajar en equipo para cometer un asesinato, reflexiona muy sabrosamente:

"Trabajar en equipo. Para matar a un changuito se necesita un hombre, no un equipo. Un hombre con pantalones, que no le tenga miedo a la sangre. ¡Pinche equipo! Como si fuera un partido de futbol. Me pasa la pistola por la izquierda, tiro a la derecha y gol y uno que se fregó para siempre".